

La renovación de la educación teológica en el mundo hispano

Dr. Justo L. González

AETH

Consortio Hispano de Educación Teológica

Zoom

junio 22, 2023

© Justo L. Gonzalez

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/>

info@aeth.org

La renovación de la educación teológica en el mundo hispano

En primer lugar, permítaseme agradecer esta oportunidad que se me da de dirigirme a un grupo tan destacado e influyente de líderes en nuestras iglesias. Ese agradecimiento se incrementa porque he visitado varias de las instituciones representadas en esta reunión, y, por tanto, además de un sincero respeto por el trabajo que hacen, me une a ellas la amistad que comparto con varios de ustedes. Por esta invitación, y por la posibilidad de renovar nuestro contacto y nuestras relaciones, les doy gracias a ustedes, y ante todo a Dios.

El tema que se me ha pedido es “La renovación de la educación teológica en el mundo hispano”. Eso del “mundo hispano” requiere explicación. Al tiempo que estoy convencido de que es necesario que nuestra educación teológica se encarne en la situación particular de nuestro pueblo, también veo que el mundo hispano es cada día más variado, particularmente en lo que se refiere a sus contextos y a la educación que se necesita. El mundo hispano es hoy una realidad global, que incluye no solamente las Américas, sino también buena parte de Europa, África y Australia. No es lo mismo estudiar o vivir como latino en los Estados Unidos que hacerlo en América Latina o en España. En los Estados Unidos, la explosión de la población hispana y por consiguiente también de la feligresía en las iglesias hispanas produce situaciones que no existían hace unas pocas décadas. Muchos latinos y latinas estudian en programas de habla inglesa. Y al mismo tiempo, se multiplican los programas en español en todo el país. Además, dadas las conveniencias de la internet, y los problemas con el inglés, muchos acuden a

instituciones en América Latina o en España. Sin entrar en detalles, los cambios en América Latina y en España también son notabilísimos, y no son los mismos de lugar en lugar o de iglesia en iglesia. Por todo ello, esta mañana centraré la atención sobre el tema de la revitalización de la educación teológica y dejaré el tema de la contextualización en cada lugar particular del mundo hispano en manos de ustedes, quienes conocen sus diversos contextos mucho mejor que yo.

No creo necesario argumentar acerca de la necesidad de la renovación. Varias de las instituciones que tradicionalmente hemos consagrado a la educación teológica están en crisis. Algunas que por años consideramos las más fuertes y distinguidas tanto en los Estados Unidos como en América Latina y otras regiones han cerrado sus puertas. Muchas han tenido que ajustar sus currículos, horarios y muchas otras cosas a los cambios demográficos que están teniendo lugar. Hemos tenido que ajustarnos a una nueva población estudiantil que tiene que trabajar para sostener a sus familias. En muchos casos, fondos que venían del extranjero ya no vienen. Los costos administrativos aumentan. Las nuevas comunicaciones electrónicas nos presentan grandes oportunidades y al mismo tiempo enormes retos. Todo esto se complicó con la pandemia que acabamos de pasar, y cuyas consecuencias todavía continúan. Y, como si eso fuera poco, hay grandes porciones de la membresía de nuestras iglesias que no piensan que las instituciones de educación teológica merezcan el apoyo que necesitan. Y todo eso no es más que la superficie y una lista muy parcial de los retos a que nos enfrentamos.

Dados tales retos, me atrevo a felicitarles porque el título mismo que me han dado, al referirse a la “revitalización”, da por sentado que, por muchos obstáculos que haya, y por

muchas críticas que se nos hagan, la educación teológica sigue siendo fundamental para la vida de la iglesia. Y la palabra misma, “revitalización”, reconoce también que nos falta algo de vitalidad.

Pero al mismo tiempo ---quizás para complicar la cuestión--- me atrevo a sugerir que no basta con entender esa renovación de la educación teológica únicamente en términos de la renovación de las instituciones que tradicionalmente se han dedicado a esa educación.

En una palabra, lo que quiero señalar es que lo que verdaderamente necesita una revitalización profunda no son nuestras instituciones educativas, ni sus currículos, sino nuestra idea misma de lo que es la educación teológica, y de cuál es su propósito.

Necesito subrayar este punto: tenemos que repensar lo que queremos decir por “educación teológica”, y entonces ---y solamente entonces--- tratar acerca de lo que eso implica en lo que se refiere a las instituciones que aquí representamos.

Digámoslo tajantemente: los seminarios son una invención relativamente nueva. Por largos siglos la iglesia subsistió y hasta floreció sin seminarios. Al afirmar esto no quiero decir que los seminarios no sean buenos, útiles y hasta necesarios. Lo que quiero decir es más bien que en lugar de empezar por los seminarios y pensar en lo que necesitamos cambiar dentro de ellos debemos pensar en términos de la iglesia y de lo que representa la educación teológica dentro de ella, y de ahí pasar a pensar acerca de lo que todo eso significa para el papel y los programas de los seminarios y otras instituciones tradicionalmente llamadas “de educación teológica”.

Cuando digo que los seminarios son una invención relativamente nueva, no quiero decir que no haya habido desde tiempos antiguos instituciones o programas dedicados a los estudios teológicos. Ya en el siglo segundo Justino Mártir fundó una escuela en la ciudad de Roma en la que enseñaba lo que él llamaba “la verdadera filosofía” ---es decir, la fe cristiana. Poco o nada sabemos acerca de esta escuela. Pero en lo poco que sabemos no encontramos indicio alguno de que haya sido un centro para preparación de pastores. Era más bien un lugar en el que se enseñaba la fe cristiana como la “verdadera filosofía”, por encima de todas las filosofías que pululaban entonces. Poco más tarde surgió una escuela parecida en Alejandría. Esa escuela llegó a tener tal renombre que vino a ser uno de los principales atractivos para quienes visitaban aquella ciudad. Entre ellos se contaba la madre del Emperador, quien ---sin ser cristiana ni al parecer tener el más mínimo interés en la fe cristiana misma--- acudió allí a escuchar las conferencias del sabio Orígenes. En aquella escuela estudiaron algunos de los más distinguidos líderes de la iglesia ---entre ellos Gregorio el Taumaturgo, quien más tarde llegó a ser obispo de Neocesarea. Pero el propósito de la escuela misma no era preparar pastores o líderes, sino sencillamente explorar la fe cristiana con mayor profundidad. Lo que es más, la famosa escuela de Orígenes parece haber tenido sus raíces en la escuela catequética que antes dirigió Clemente, cuyo propósito no era preparar líderes, sino sencillamente preparar conversos para recibir el bautismo. Poco después surgió en Antioquía otra escuela cuyo principal maestro era Luciano de Antioquía. Fue en esa escuela que se prepararon algunos de los principales líderes del arrianismo ---lo cual muestra el impacto tanto positivo como negativo que una escuela buena o mala pueden tener. Pero aun aquella escuela tampoco se fundó ni se dedicó a

preparar líderes, sino que era más bien un lugar a donde acudían quienes buscaban un mayor entendimiento acerca de la fe.

En cuanto a los pastores y otros líderes en las congregaciones, en la iglesia antigua ---y por largo tiempo después--- lo más común era que cada iglesia eligiera de entre sus miembros o entre los miembros de iglesias cercanas a quién debía dirigirles como su pastor u obispo. El electo preparaba entonces una exposición de su fe y la compartía con pastores cercanos. Si estos consentían, enviaban una delegación para que participara en la ordenación del nuevo pastor u obispo ---dando así testimonio de que su fe coincidía con la del resto de la iglesia. Más tarde, según fue aumentando la autoridad y jurisdicción de los obispos, que no se limitaba ya a una sola ciudad o una sola iglesia, sino que cubría toda la región circundante, eran esos obispos quienes se ocupaban de la selección y preparación de quienes dirigirían la vida de las iglesias bajo su jurisdicción. El modo en que los preparaban variaba. En algunas cartas de Cipriano, en el siglo tercero, tenemos noticias de algunos elementos de esa preparación, incluso de los pasos por los que pasaba quien a la postre vendría a ocupar cargos importantes en la iglesia. Al menos a partir del siglo cuarto, era común que quienes aspiraban a posiciones de liderazgo en la iglesia se preparan para tales funciones conviviendo con el obispo, y llevando con él una vida monástica o semimonástica. Algo más tarde, se establecieron escuelas catedralicias en las principales ciudades. Esas escuelas servían como lugar para la preparación de líderes para todas las iglesias bajo la jurisdicción del obispo de la catedral. Pero en muchos otros casos se nombraba como pastores a personas sin preparación alguna, o con muy pocos estudios. No era

extraño encontrar un cura que apenas si podía decir la misa y explicar algo acerca del Decálogo, el Padrenuestro y el Credo.

Eso no quiere decir que todos fueran ignorantes. Los grandes conventos y monasterios de la Edad Media se dedicaron a formar las mentes y los hábitos de quienes convivían en ellos, y así produjeron y albergaron a intelectuales importantes: Anselmo de Canterbury, Bernardo de Claraval, Hildegarda de Bingen, y muchos otros. De entre ellos algunos salieron a servir a la iglesia como pastores y líderes. Pero no estaban en el monasterio, ni habían ido a él, con el propósito de prepararse para el pastorado, sino más bien buscando prepararse para el cielo, buscando ser mejores cristianos. Fue inesperadamente, y en virtud de la fama que alcanzaron los monasterios como centros de formación cristiana, que se acudió a ellos para que proveyeran líderes ---pastores, obispos y arzobispos.

Mucho se ha dicho de las grandes universidades que florecieron a partir del siglo 13. Ellas nos dieron eruditos tales como Tomás de Aquino, Buenaventura, Juan Duns Escoto y muchos otros. Algunas de ellas continúan existiendo, y no cabe duda de que han hecho una enorme contribución en todos sus campos de estudio ---incluso los estudios teológicos. Pero el propósito de las escuelas teológicas en las universidades no era preparar pastores o sacerdotes, sino más bien dedicarse a entender la fe y el mundo todo con mayor profundidad y exactitud. Si bien algunos de entre los grandes profesores universitarios también practicaban alguna forma de pastorado, eran muchos más los profesores y estudiantes que costeaban sus labores universitarias mediante los llamados “beneficios” o prebendas ---es decir, cargos pastorales que se les asignaban y cuyos ingresos recibían, pero sin jamás ocuparse de cumplir las funciones de

esos cargos. En otras palabras, recibían todos los beneficios económicos de un pastor, pero no ejercían funciones pastorales. Esto era tan común, que hasta el famoso reformador Juan Calvino había costado buena parte de sus estudios valiéndose de ese sistema corrupto (aunque cuando abrazó la Reforma renunció a los beneficios o prebendas de que gozaba).

No fue sino en el año 1556 que por primera vez se habló de fundar “seminarios” para la preparación de pastores y líderes de la iglesia. El cardenal Reginald Pole, recién nombrado arzobispo de Canterbury, y último católico romano en ocupar tal posición, viendo que el protestantismo se abría paso en Inglaterra, sugirió que se crearan “seminarios” donde se formarían los jóvenes que a la postre serían los sacerdotes católicos del país.

En aquel tiempo, la palabra “seminario” quería decir lo que hoy entendemos por “semillero”. En un huerto, un semillero es un lugar particularmente cuidado en el que se siembran plantas que han de crecer resguardadas de toda amenaza exterior. Allí crecen, protegidas contra todo peligro, hasta que están robustas y pueden resistir cualquier amenaza del medio ambiente. Entonces son trasplantadas al lugar en que han de crecer y producir fruto. De igual manera, los seminarios que proponía el cardenal Pole serían lugares resguardados de toda contaminación de falsa doctrina, y de las atracciones del mundo. Allí se prepararían los jóvenes que después serían trasplantados al medio ambiente en que debían servir como sacerdotes católicos.

La idea de Pole cobró fuerza, y en el año 1563 el Concilio de Trento decidió que cada diócesis debía establecer seminarios en los que se preparan quienes habrían de ser sus

sacerdotes. Claramente se entendía que aquellos seminarios debían ser como semilleros donde unos jóvenes inocentes se formarían al resguardo de todo mal. Índice de ello es que el Concilio determinó que la edad mínima de un estudiante en tales seminarios sería de 12 años. Algo más tarde se fue creando la distinción entre “seminarios menores”, en los que se estudiaba en las primeras letras, y “seminarios mayores”, en los que se estudiaba primero filosofía y luego teología. Y todo ese sistema continuó hasta bien avanzado el siglo 20, cuando el Segundo Concilio del Vaticano y sus deliberaciones llevaron a reformas bastante radicales. No hay que decir que en cierto modo el modelo de aquellos seminarios era el monasterio.

La historia fue algo diferente en el caso del protestantismo. Nacido en una universidad, el protestantismo se dedicó no solamente a la reforma de la iglesia, sino también a la reforma de las universidades y de la educación toda. El propósito de tales reformas educativas era crear tanto un laicado bien instruido e informado como un clero capaz de reeducar a todo el resto de la iglesia. Los esfuerzos de Martín Lutero en pro de la educación pública son bien conocidos. En el siglo siguiente el moravo Juan Amós Comenio realizó una labor tal que muchos le reconocen como fundador de la educación moderna. En las universidades mismas, Felipe Melanchthon, el principal discípulo de Lutero, llevó a cabo una obra reformadora que le mereció el título de “Preceptor de Alemania”.

Todo esto ha venido a ser el trasfondo de lo que hoy llamamos nuestros “seminarios”. En una medida u otra, los seminarios evangélicos que muchos hemos conocido en el mundo hispano a través de todo el siglo 20 ---y en ocasiones también en este siglo 21--- tienen algo de semillero, algo de monasterio y algo de universidad. Y buena parte de la crisis que hoy nos lleva

a hablar de una “re-vitalización” ---es decir, de una nueva vida--- tiene que ver con tiempos cuando la idea misma de un semillero guardado de toda contaminación se ha vuelto evidentemente ridícula, cuando nuestras instituciones no pueden ya manejarse como monasterios, y cuando el volverse escuelas universitarias parece dejar fuera aspectos pastorales fundamentales.

Pero, como decía anteriormente, lo que necesita revitalización no son nuestras instituciones teológicas, sino nuestro entendimiento ---el entendimiento de nuestras instituciones y de la iglesia toda--- de lo que es la educación teológica y a quiénes les corresponde la tarea tanto de ofrecer como de recibir educación.

Si tornamos nuestra atención hacia aquellos primeros siglos de la iglesia en que florecieron las escuelas de Justino en Roma, de Orígenes en Alejandría y de Luciano en Antioquía, y recordamos que no se pensaba que el propósito de tales instituciones sería producir pastores u obispos para las iglesias, inmediatamente notaremos que la tarea de la educación teológica era ante todo responsabilidad de la iglesia en su totalidad, y no de las escuelas teológicas. Y veremos también que tal educación no empezaba cuando se acudía a una escuela particular, sino más bien cuando por primera vez se escuchaba el mensaje del evangelio. Y esa educación no terminaba cuando se recibía un diploma o se llenaban ciertos requisitos académicos, sino cuando por fin se pasaba a morar con Cristo.

Tomemos el caso hipotético de un albañil pagano en el siglo segundo. Por darle algún nombre, llamémosle Prudencio. Supongamos que un buen día, por asuntos de su trabajo,

Prudencio se encontró con un cristiano de nombre Aristarco que le habló de Jesucristo. Puesto que eran tiempos de persecución, y en todo caso la iglesia no era bien vista, Aristarco no podría sencillamente decirle a Prudencio, como hacemos hoy, “Ven a mi iglesia, donde oirás a un predicador que te convencerá”. No podía sencillamente dejar la tarea evangelizadora o educativa en hombros de otro, como hacemos hoy con tanta facilidad. Si para ser cristiano se necesita dar testimonio efectivo de la fe, como cristiano que era Aristarco tendría que saber también algo de teología para poder responder a las preguntas y objeciones de Prudencio. Quisiéralo o no, al darle testimonio a Prudencio, inmediatamente Aristarco se volvería maestro de teología. El que fuera buen maestro o no dependería en buena medida de la educación teológica que hubiera recibido.

Continuemos con nuestro imaginario Prudencio. Supongamos que, tras largas discusiones con Aristarco, Prudencio decide al menos visitar la iglesia para ver lo que allí sucede. Probablemente irá muy temprano en la madrugada, bastante antes de la salida del sol, pues durante el día la mayoría de los cristianos tiene obligaciones de las que no pueden ausentarse, y por tanto sus reuniones tienen lugar antes de amanecer el primer día de la semana. Allí Prudencio se reunirá con unos cristianos que estarán escuchando las Escrituras y su interpretación ---en algunos casos, por espacio de varias horas. Si aquello le interesa de algún modo, seguirá asistiendo a aquellas reuniones de cristianos por algún tiempo; y si por fin decide que quiere unirse a la iglesia, tendrá que comunicárselo al obispo o pastor, quien añadirá su nombre a una lista de catecúmenos ---es decir, a una lista de las personas que se preparan para el bautismo. Entonces comenzará una educación más formal, tanto en lo teológico y doctrinal

como en lo práctico y ético. Se le asignará otra persona quien le guiará en sus estudios y en la reforma de su vida. Por un periodo de al menos dos años. Prudencio tendrá que continuar como catecúmeno, asistiendo a la iglesia para aprender acerca de las Escrituras y de la vida cristiana, y reuniéndose con otros catecúmenos; pero sin poder participar del acto central del culto cristiano, que es la comunión. Por fin, unas semanas antes del Domingo de Resurrección, el pastor se ocupará directamente de enseñarles a Prudencio y a otros catecúmenos los elementos del Credo y otros puntos esenciales de doctrina, y escudriñará su modo de vida. Así, la educación teológica que Prudencio empezó en sus primeros encuentros con Aristarco habría continuado a través de dos años, y culminado ahora con una educación recibida directamente del pastor. La noche entre el sábado de Semana Santa y el Domingo de Resurrección, y tras una serie de ceremonias que incluían renunciar al diablo y su pompa y aceptar a Cristo, Prudencio entraría por fin a las aguas del bautismo. Tras el bautismo mismo se le ungiría con aceite y se le vestiría con una túnica blanca. Entonces, con el resto de los neófitos, marcharía por fin a la iglesia, donde la congregación estaría esperando a quienes habían sido bautizados. Entonces, entre muchas otras acciones simbólicas, se les daría a beber un cáliz de leche mezclada con miel, hasta que por fin se les admitiría por primera vez a la comunión. (Algo que puede extrañarnos. pero que parece haber sido común en toda la antigüedad, es que muy poco de esto se le explicaba al neófito antes de que ocurriera. Sencillamente se le decía que iba a pasar por una serie de ritos importantes, y luego en la semana subsiguiente se le explicaba lo que había acontecido ---por ejemplo, que el cáliz de leche y miel significaba que por fin habían

entrado a la Tierra prometida, que sus vestiduras blancas les marcaban como vencedores en Cristo, y que la unción con aceite significaba que ahora eran parte del real sacerdocio que es la iglesia, pues en el antiguo Israel se ungía a los reyes y a los sacerdotes.)

Podríamos seguir todo esto con muchos más detalles. Pero lo importante es que la educación teológica que Prudencio empezó a recibir de labios de Aristarco continuó no solamente en las enseñanzas de Aristarco, sino también en lecturas bíblicas y explicaciones en las reuniones de la iglesia; entonces, cuando se hizo catecúmeno, siguió recibiendo instrucción y dirección, primero con su padrino y otros catecúmenos, luego con su pastor, y siempre en el culto mismo.

Por eso tenemos que reconocer que la educación teológica no es tarea que se limite a los seminarios o escuelas de teología, sino que comienza más bien en el primer momento en que se escucha el nombre de Jesucristo y continúa hasta el último suspiro. (A lo que bien podemos añadir, aunque sea de pasada, que según la visión de algunos de los más distinguidos teólogos de los primeros siglos nuestra educación teológica continuará a lo largo de toda la eternidad.)

Trayendo esto a nuestros días, bien podemos decir que el testimonio cristiano mismo tiene en sí algo de educación teológica; que la educación teológica del creyente continúa a través de su preparación para el bautismo, en el bautismo, en la escuela dominical tanto de niños como de jóvenes y adultos, en el culto, en el estudio personal, en el instituto bíblico, en el seminario, y hasta la eternidad.

Si esto es cierto, entonces la revitalización de la educación de lógica es nada menos que la revitalización de la labor educativa de la iglesia en todas sus dimensiones.

La consecuencia de todo esto es que la tarea urgente a que se enfrentan las instituciones que aquí representamos es mucho más seria y mucho más amplia que lo que bien pudiéramos imaginar. No es sencillamente cuestión de reorganizar el seminario. No es solo cuestión de revisar el currículo. No basta con reclutar nuevos alumnos, con añadir nuevos cursos, con emplear mejor los medios cibernéticos. Todo eso bien puede ser necesario. Pero no basta. Y no nos hagamos la idea de que todo eso, por importante que sea, será necesariamente el mejor punto de partida para responder a los retos del presente.

El mejor punto de partida es una reconceptualización radical de lo que entendemos por educación teológica, y en consecuencia también de lo que entendemos por buena educación teológica.

El mejor modo que tengo de expresar esto es empleando dos imágenes o metáforas que han caracterizado dos etapas diferentes en mis propios pensamientos y de mis acciones en pro de la educación teológica del pueblo latino.

La primera de esas dos imágenes la recibí del medio ambiente académico en que me movía en mis primeros años de docencia, cuando con otras personas formamos un grupo que buscaba mejorar e incrementar la participación del pueblo latino en la educación teológica. En ese momento nos preocupaba la mínima presencia del pueblo latino entre el estudiantado de casi todos los seminarios evangélicos norteamericanos, y la casi total ausencia de ese pueblo

entre el profesorado. Para responder a ese reto, nos dedicamos a buscar fondos para aumentar esa presencia y para crear lo que entonces llamábamos una cañería o algo así como un oleoducto que se ocuparía de tomar a nuestros líderes más jóvenes y llevarlos a través de todo un proceso que les acompañaría primero a través de los estudios necesarios para entrar a un seminario, luego a través del seminario mismo, y por fin a los estudios doctorales requeridos para la docencia teológica profesional. Como parte de ese oleoducto se creó toda una serie de instituciones y proyectos cuyo propósito era llevar a nuestros estudiantes tan lejos como fuera posible en el proceso de avanzar de un nivel a otro.

Al mismo tiempo tratábamos de colaborar con varios proyectos que procuraban fines semejantes tanto en América latina como en otros países.

Hoy sigo convencido de que la población latina no tiene una representación adecuada en los círculos teológicos en los Estados Unidos. Basta señalar que, mientras nuestra población es aproximadamente un 20% de la población total del país, nuestra presencia tanto entre el estudiantado como entre el profesorado de las instituciones teológicas del país se limita a un 4% ---y eso en sí es ya un cambio positivo y radical comparado con la situación hace cuarenta años.

Pero al mismo tiempo estoy convencido de que aquella imagen del oleoducto refleja también un entendimiento errado de los propósitos y realidades de la educación teológica. Por esa razón, en lugar del oleoducto, hoy prefiero hablar de una manguera de regadío. Me refiero a esas mangueras perforadas que se colocan en un cultivo a fin de distribuir el agua a través de todo el terreno.

El contraste entre ambas imágenes es evidente. El éxito de una cañería u oleoducto se mide en términos de cuánto líquido llega al final. Cada gota que no llega al final de la cañería se considera una pérdida. La principal preocupación de quienes cuidan de tal cañería debe ser asegurarse de que nada se derrame o se pierda en el camino. Hay que bombear o empujar todo el líquido, para que hasta la última gota llegue al final. En contraste con eso, el éxito de una manguera de regadío se mide en términos del modo en que el agua se distribuye sobre el terreno y del efecto que tiene sobre todo el regadío. Si el sistema funciona idealmente, cada gota que se derrama en el camino tiene su propósito y su valor. La gota que sale de la manguera al principio del recorrido no es menos valiosa que la que llega hasta el final. Ciertamente, es importante que algunas gotas lleguen hasta ese punto final, pues allí también hay que irrigar la tierra. Por ello, la principal preocupación de quien cuida de una manguera de regadío no es que el agua no se derrame sobre la tierra, sino más bien que cada gota encuentre su debido lugar a la luz de las necesidades del sembrado.

Todo esto puede llevarse al campo de la educación teológica. Cuando hablamos de la educación teológica como de una cañería, estamos dando por sentado que nuestro principal propósito es llevar a cada estudiante tan lejos como sea posible. Exagerando un poco las cosas para que queden claras, esto quiere decir que nuestro éxito se mide en términos de aquellos pocos estudiantes que no solamente terminan sus estudios en nuestras instituciones, sino que también avanzan en la educación superior y en la erudición. Ciertamente, la iglesia necesita no solamente eruditos, sino también sabios que sepan responder a los retos de nuestro día.

Necesita quienes puedan proveer recursos para que todos los creyentes lleguen a un entendimiento más profundo del evangelio y de la voluntad de Dios. Necesita quienes sepan responder a las difíciles preguntas que hoy nos plantean los incrédulos, los agnósticos, y también los creyentes. Necesita quien pueda sugerir respuestas a la vez sólidas y pertinentes a los nuevos retos de cada día a la luz de las Escrituras, de las experiencias pasadas, del análisis de la situación, etc. Pero tales personas no son mejores ni más importantes que los demás creyentes por el solo hecho de encontrarse al final de la manguera de regadío. Al igual que el creyente más humilde y menos docto, la obra de tales personas ha de medirse en términos de su efectividad regando y fertilizando el terreno en que les ha tocado servir.

Todo esto me lleva de regreso a lo que decía anteriormente acerca de la necesidad de reinterpretar lo que queremos decir por educación teológica. Si la educación teológica es solamente lo que hacemos en nuestros seminarios y escuelas de teología, esa misma visión aumenta el riesgo o la tendencia a pensar de esa empresa como una cañería o un oleoducto. En casos extremos, esto nos lleva también a la otra tendencia de prestarles mayor atención a aquellos alumnos dotados de mayor inteligencia o de más recursos educativos, y hasta llegamos a decir que son nuestros “mejores” alumnos ---con lo cual estamos midiendo nuestro éxito como se mide el éxito de un oleoducto, y no como se mide el éxito de un sistema de regadío. Y ---quizás lo peor de todo--- llegamos a pensar que somos solamente nosotros y nuestras instituciones quienes ofrecemos educación teológica, con lo cual aun sin darnos cuenta de ello tendemos a minimizar la importancia de la educación teológica que se dirige a todos los creyentes.

Si, en lugar de entender la educación teológica como una cañería u oleoducto, la vemos como un sistema de regadío, entenderemos que esa educación empieza ---como ya he dicho--- en los primeros encuentros del creyente con Jesucristo y con el evangelio. Entenderemos además que es necesario promover la mayor continuidad posible entre todas las etapas de la educación teológica, y que cada una de esas etapas necesita igual atención e igual respeto. Y entenderemos que nuestro propio éxito no ha de medirse principalmente en términos del nivel de estudios que alcanzan nuestros supuestamente mejores estudiantes, sino en términos de nuestro lugar en todo un sistema de regadío que fertiliza todo el campo y que ayuda a cada gota a encontrar su lugar preciso dentro del sembrado y a servir en ese lugar con tanta sabiduría y efectividad como sea posible.

En resumen, la revitalización de la educación teológica no es solamente la revitalización de nuestras instituciones de educación teológica, sino también la revitalización de todo el sistema educativo de la iglesia, desde los primeros pasos de un catecúmeno que se prepara para el bautismo hasta los más excelsos niveles de la erudición y la creatividad.

Esto significa también que nuestras instituciones de educación teológica no pueden revitalizarse por sí mismas. No basta con que nos hagamos preguntas acerca de nuestro currículo. Es necesario que pensemos también acerca del lugar que ocupa ese currículo dentro de todo el sistema de regadío. Es necesario que el resto de la iglesia nos ayude a diseñar un currículo que no solamente capacite a nuestros estudiantes para predicar, aconsejar, administrar y todo lo demás, sino que también y sobre todo les capacite para enseñar.

Con esto no quiero decir sencillamente que haya más y mejores cursos de educación cristiana en el currículo de nuestras instituciones. Quiero decir más bien que todo curso debe ir dirigido a capacitar al estudiante para volverse maestro. Digámoslo de manera tajante: nada se ha entendido debidamente si no se puede explicar. Y nada merece aprenderse si no merece enseñarse. Al decir que nada se ha entendido debidamente si no se puede enseñar, hablo por experiencia propia. Confieso que, aunque tuve excelentes maestros que me enseñaron mucho, fue mucho más lo que aprendí cuando a mí mismo me tocó enseñar. Convencido ahora de esa realidad, insisto en que mis estudiantes no solamente entiendan lo que les digo, sino que también sean capaces de explicarlo. Esto me ha llevado a un cambio radical en el modo en que evalúo el trabajo de los estudiantes. Si estamos estudiando, por ejemplo, el Concilio de Nicea o la controversia pelagiana, lo que me importa no es ante todo que mis estudiantes sepan responder a mis preguntas, sino que también sepan responder a las preguntas de quienes están al cuidado de ellos. Para saber si de veras entienden las controversias cristológicas, mi mejor instrumento no es un examen, sino que es más bien ver cómo ellos mismos explican esas controversias. Naturalmente, ese método de evaluación conlleva riesgos. El principal de ellos es que se vea cuán poco yo mismo entiendo de lo que estoy explicando. Pero en realidad eso no debería preocuparnos, pues un elemento importantísimo en la educación teológica es que aprendamos todos a reconocer nuestra ignorancia ante el gran misterio de los misterios. La buena educación teológica no deberá pretender darnos respuesta a todas las preguntas, sino ante todo ayudarnos a ver y a reconocer la diferencia entre las preguntas que tienen y necesitan respuesta y aquellas otras ante las cuales debemos sencillamente confesar nuestra ignorancia.

Bien podemos recordar la conclusión a que llegó uno de los más grandes sabios de la antigüedad: “Yo sólo sé que no sé nada”. Pero al mismo tiempo tenemos que saber lo que sí sabemos, y aprender a afirmarlo rotundamente y a enseñarlo sabiamente. Luego, quizá en lugar de decir como Sócrates “Yo sólo sé que no sé nada”, deberíamos decir “Yo afirmo y obedezco lo que sé, confieso y respeto lo que no sé ni puedo saber, y por la gracia de Dios busco aprender a distinguir entre lo uno y lo otro.”

En todo esto no estoy diciendo nada radicalmente nuevo. En la iglesia antigua, cuando los catecúmenos que llevaban años preparándose para el bautismo estaban casi listos para recibirlo, el pastor u obispo les hacía partícipes de lo que se llamaba la *traditio et reductio symboli* ---la entrega y devolución del Credo. Primero se les enseñaba y explicaba el Credo; y luego se les pedía que devolvieran lo que habían recibido, o que explicaran los que se les había explicado. Ciertamente, los candidatos al bautismo debían conocer y entender el Credo que tendrían que afirmar en su bautismo. Pero la prueba de que lo conocían y entendían debidamente estaba en que supieran dar cuenta de él, cada cual según sus habilidades y condiciones.

Uno de los mejores pastores que he conocido, y que ya murió, tenía la costumbre de salir cada lunes a visitar a sus feligreses para darles ocasión de responder a lo que habían escuchado la noche anterior en la predicación. No era meramente cuestión de que hicieran alguna pregunta de aclaración ---lo cual sucedía frecuentemente. Era más bien cuestión de darles oportunidad para expresar sus dudas, sus dificultades, sus propias ideas. Puesto que tuve la dicha de acompañarle en muchas de esas visitas, repetidamente escuché de él respuestas

tales como: “Tienes razón. Yo no había pensado en eso.” O, “Lo que dices es verdad, pero...” O, “Ten cuidado. No olvides que...”. O sencillamente, “No sé. Déjame pensarlo.” O, “En realidad pienso que eso es un misterio inescrutable que nuestras mentes no son capaces de entender”. En cierto modo, lo que aquel pastor estaba haciendo era algo paralelo a la antigua entrega y devolución del credo, excepto que ahora se trataba de la entrega y devolución del sermón. Y lo más notable es que muchas veces, saliendo de una de esas visitas, le escuché decir: “Acabo de aprender algo importante.”

En contraste, siendo ya casi adulto, tuve también un maestro de escuela dominical que era famoso. Era elocuente y aparentemente sabía mucho. Hoy reconozco que al parecer lo único que aquel maestro no sabía era el límite de lo misterioso e inefable. Para él todo tenía respuesta. Nadie tenía mucho que enseñarle. En consecuencia, con el correr de los años tuve que ir desaprendiendo mucho de lo que él me enseñó. Y no creo que sea necesario decir que he conocido a muchos pastores con actitudes semejantes.

Por último, permítaseme una aclaración importante sobre lo que debemos entender por la palabra “educación” cuando hablamos acerca de “educación teológica”. Nunca olvido una tarja que había a la entrada de una escuela a que acudí de niño. Aquella tarjeta tenía grabadas las palabras de un célebre educador en mi patria, José de la Luz y Caballero. Sus palabras, que saltaron de aquella tarja para quedar grabadas en mi mente, eran: “Instruir puede cualquiera; enseñar, solo quien sea un evangelio vivo.”

Instruir es compartir ideas. Si sé, por ejemplo, que un ángulo recto tiene 90° , o que la suma de los cuadrados de los catetos es igual al cuadrado de la hipotenusa, y se lo digo y explico

a otra persona, la estoy instruyendo. Le estoy haciendo saber lo que sé. Si le digo a un estudiante de teología que muy probablemente el Apocalipsis se escribió alrededor del año 95, y le doy todas las razones que los eruditos aducen para darle tal fecha, le estoy instruyendo. Si le digo a alguien cuántos y cuáles son los frutos del Espíritu, le estoy instruyendo. Repito: la instrucción consiste en compartir ideas. Ese compartir ideas e información es de gran valor e importancia. Quien no sabe que un dólar tiene cien centavos, no podrá hacer las transacciones más sencillas. Quien no sabe el contexto dentro del cual se escribió el Apocalipsis, o las condiciones de la iglesia a fines del siglo primero, no podrá interpretar ese libro correctamente. Luego, la buena educación teológica necesariamente incluirá una buena dosis de instrucción. Y para esa instrucción, el modelo que hemos heredado de la Edad Media fue la universidad.

Pero educar no es solamente instruir; no es solamente compartir ideas. Es también compartir sueños y dolores, esperanzas y frustraciones, certezas y dudas. Es en fin compartir la vida. Compartir la vida como Jesús la comparte con nosotros. Compartirla cueste lo que cueste; y en ese compartir no solamente dar vida, sino también recibirla. Por eso, en buena medida nuestras instituciones de educación teológica adoptaron y adaptaron las prácticas de la vida común de los antiguos monasterios. En consecuencia, el seminario en que yo estudié tenía algo de universidad y algo de convento.

Todo esto puede decirse también de otra manera: instruir es informar; educar es además formar. El propósito de todo ese continuo que es la educación teológica, que tiene lugar a través de la vida de los creyentes y de toda la iglesia, no es solamente informarnos, sino

también y sobre todo formarnos. Si la información es importante, sin formación la información no tiene guía. Eso es cierto no solamente de nuestra labor de educación teológica, sino que es cierto también de la misma revelación de Dios. Uno de los errores más grandes que la iglesia y los teólogos hemos cometido es pensar que Dios se nos revela para informarnos, cuando en realidad la revelación divina tiene sobre todo el propósito de formarnos. Lo que hace que un creyente o una iglesia sean bíblicos no es que se cite o se conozca mucha Biblia, sino más bien que sea la Biblia misma la que nos dé forma. No estudiamos la Biblia ante todo para entenderla, sino más bien para obedecerla. De igual manera, el propósito de los verdaderos estudios teológicos no es enterarnos, sino formarnos.

Esa distinción tiene importancia capital porque frecuentemente hemos confundido la educación teológica con la información teológica. Frecuentemente preparamos nuestros currículos pensando cuidadosamente en lo que nuestros estudiantes deben saber, pero dejamos a un lado lo que deben ser. La consecuencia es que, en términos de la distinción de Luz y Caballero, nuestra supuesta “educación” frecuentemente se limita a la instrucción. A esto contribuyen también los nuevos métodos de comunicación, cada vez más eficientes para instruir, pero que también presentan nuevas y mayores dificultades como métodos de formación.

Termino entonces tratando de resumir todo lo que acabo de decir en un solo punto esencial: la verdadera revitalización de la educación teológica deberá fundamentarse precisamente en lo esencial de su nombre: TEOLógica. Esto implica al menos cuatro cosas: Primera, la mejor educación teológica es la que se fundamenta en el modo en que Dios se

relaciona con su creación y con su pueblo. Dios dirige hasta el curso de las más distantes galaxias, y también se ocupa de las más pequeñas avicillas del cielo y de cada cabello de nuestra cabeza. De igual manera, en imitación de ese Dios, la educación TEOLógica ha de ser un continuo que le dé igual importancia al creyente que apenas se atreve a dar los primeros pasos en la fe como a quien parece elevarse a las eminencias del pensamiento teológico. Segunda; cuando Dios se nos da a conocer, no lo hace solamente para informarnos, sino también y sobre todo para formarnos. Lo mismo ha de ser el propósito de la buena educación TEOLógica. Tercera: aunque nuestra mentalidad moderna se sorprenda, en la Biblia lo que Dios forma no es tanto individuos como un pueblo. En consecuencia, nuestra educación TEOLógica no puede conformarse con instruir y formar a individuos, sino que tiene que ser parte de un programa de formación e información para todo un pueblo, la iglesia. Y, cuarta: cuando Dios llega al máximo nivel de su revelación, no lo hace hablándonos desde lejos, o desde las nubes, sino encarnándose y viniendo a ser uno de nosotros. Siguiendo ese ejemplo, una educación que sea verdaderamente TEOLógica, tiene que ser un acompañamiento, un compartir, un darse como Cristo se dio por nosotros.

Como bien dijo don José de la Luz y Caballero: “Instruir puede cualquiera; educar, solo quien sea un evangelio vivo”.